

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tres meses 9 reales, seis 16 y un año 30.
PROVINCIAS:—Tres meses 10 reales, seis 18 y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, principal.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

ENTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.
AMERICA:—Seis meses 38 reales y año 70.
FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo,

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

UN AMIGO DEL GOBIERNO,

EL CASCABEL.

Muy señor mío: He leído su segunda carta de V. á mi amigo el Gobierno, y extraño mucho que V. se queje de no haber recibido contestación á la primera. ¡Bueno está mi amigo para responder á vuelta de correo al primero á quien se le antoje escribirle! Yo le visito todos los días, y me maravilla que tenga tiempo para vivir, aun dejando, no solamente de contestar, sino tambien de leer las cartas de V. y de otros por el estilo: así anda de ocupado con tantos ne-

gocios, y preocupado con tantos planes é ideas grandiosas.

Por otra parte, mi amigo sabe bien,—mejorcito que V. acaso,—todo lo que hace falta ó sobra para la felicidad de la patria, y sería robado á cosas mayores el tiempo que emplease en semejantes correspondencias. Un día estaba yo con mi amigo á la hora del correo, que trajo y dejó sobre la mesa, no un monton, sino una montaña de papeles: los habia del interior y de todas las provincias; pero en un instante los recorrió todos. Primero se enteró de los partes que daban los capitanes generales, quedándose tan contento, y sin pasar adelante, cuando encontraba la frase: *Continúa el orden*. Luego fué apartando los periódicos, leyendo el epígrafe de los artículos, si eran amigos, y solamente el título del pa-

pel, si eran de oposicion. Esto hubo de chocarme, y como tengo con mi amigo bastante confianza, le dije: Pues hombre, ¿cómo has de saber las aspiraciones del país, no leyendo los periódicos en donde vienen expresadas?—Las aspiraciones del país, me contestó sonriendo, ¿quién no las sabe? Yo no hago caso de periódicos, porque sé que estos han de alabar todo lo que yo haga, y aquellos han de vituperarlo, sin más razon unos y otros sino la de ser yo quien lo hace. Despues miró algunas exposiciones y cartas ó esquelas de recomendacion, que venian en gran número, y tiró las demás, refunfuñando malas palabras,—digo, malas palabras de esas que se permiten á las personas decentes,—de las cuales pude comprender las siguientes:—Cada día lo mismo. —Todos piden economías en público y gastos en

LOS EMPLEADOS.



SIN DESCUENTO.

CON DESCUENTO.

secreto.—Se quejan del número de empleados, y no hay diputado que no quiera aumentarlo en una docena.—Esto no hay quien lo aguante.

Tan mala cara había puesto al decir estas palabras, que yo me creí de veras que iba á presentar su dimisión; pero ví con gusto que pronto se serenaba, y volvía á estar, como ántes, aferrado á su poltrona, para hacer la felicidad de la patria. Mi amigo es, sin duda, hombre de pelo en pecho, hombre de gran corazón y alma de hierro.

Le digo á V. esto, señor CASCABEL, para que, sabiendo cuán atareado vive mi amigo, deje V. de molestarle con esas cartas, á no ser que V. intente dirigir las, más bien que al Gobierno, al público, que se las compra y lee con desusada avidéz; pero no lo digo para que V. pierda la esperanza de ver cómo toma, á no tardar, las de Villadiego, mi buen amigo el señor Gobierno.

Otro de los cargos que V. le hace es que sea Gobierno de partido. Á la verdad, esto es un gran mal, amigo mio, y de tal gravedad lo he considerado, siempre que se lo advertí llanamente al Gobierno; mas sobre este mal hay otro peor todavía, que tal vez V. no conoce, y es, ¿sabe V. cuál? la necesidad de apoyarse en algún partido para ser Gobierno en esta nación desgraciada.

Antes de venirme á Madrid, completamente ignorante de lo que aquí pasa, como por su buena fortuna lo están muchos en provincias, me decía á mí mismo muchas veces: ¿Á qué llamarnos con nombres nuevos y diferentes, siendo tan glorioso y comun el de españoles? ¿Hay acaso algunos que no quieran que la patria progrese, para haber de llamarse otros progresistas? ¿No es la moderación una virtud que todo el mundo presume tener? Pues ¿á qué llamarse aquellos otros moderados? Y lo que más me extrañaba y, á la verdad, más me dolía, es que cada partido haya de tener su administración propia, desde el Presidente de ministros hasta el último estanquero, resultando que mantenemos tantos empleados como partidos hay por cada uno que se necesita.

Pero después que me establecí en Madrid lo he comprendido todo, persuadiéndome con mucho pesar de que es pedir peras al olmo pedir un Gobierno que no sea de partido. Porque, ¿cómo va á formarse éste? Trate V. de serlo, señor CASCABEL, y verá V. cómo le salen al paso, pistola ó trabuco en mano, todos los partidos, desde uno á otro extremo de la lista. Y si por casualidad puede V. seguir adelante y llegar á coger las riendas gubernamentales, verá V. cómo le ponen de ropa sucia al día siguiente todos los pregoneros de la fama, que están á sueldo de los partidos. Si V. quiere tomarse veinticuatro horas de tiempo para estudiar los asuntos y estado general de las cosas, le tratarían de perezoso; de inconsiderado, si se apresura á obrar; de derrochador, si hace obras, aunque sean de utilidad reconocida, etc., etc.; y le fastidiarán á V. por poca disposición á fastidiarse que V. tenga, y, si por ventura es V. hombre de corazón para no hacer caso, como mi amigo, al fin acabarán por quitarle todas sus buenas cualidades, en el concepto público, y por consiguiente, de inhabilitarle para el Gobierno.

Todo esto conoció el actual, y por esto no quiso desde el principio ser de ningún partido, sino del liberal, que si no comprende á todos los españoles, comprende á todos los que se ocupan en política activa. Creo que hubiera hecho mejor en llamarse de *union española* en vez de *union liberal*; pero algo es algo, y bien que no del todo, es preciso confesar que mi amigo se puso en el principio del buen camino.

Mas ¿qué sucedió? V. lo sabe bien, señor CASCABEL. Los partidos empezaron á tirarle de la cascaca, queriendo cada uno hacerlo suyo; mi amigo, no queriendo reñir con ninguno, procuró contentar á todos, distribuyendo entre ellos sus gracias,—que era lo que querían,—y sus visitas,—que en poco estimaban,—y... ahora todos se pelean, porque cada uno hubiera querido para sí lo que ha dado á los demás.

Yo no sé si mi amigo se irá, según V. le aconseja; pero puedo asegurarle á V. que su posición es muy triste. Sus enemigos son muchos y aviesos; sus amigos pocos y de tal calaña, que ninguno se ha tomado la molestia de contestar á V., mas que S. S.

* * * (1)

(1) No quedará sin contestación de EL CASCABEL esta carta. Véase el número del domingo próximo.

COLECCION LEGISLATIVA

DE

EL CASCABEL.

Circular reservada, dirigida á todos los que cobran sueldo, cesantía, jubilación, etc., del Estado, y tienen además bienes y rentas con que mantenerse holgadamente.

Muy señor mio, y de todo mi aprecio; el Gobierno de EL CASCABEL quiere dar á V. una evidente muestra del entrañable afecto que le profesa, dirigiéndole esta circular, que comprende una especie de consulta acerca de un plan, que tiene por objeto salvar la difícilísima situación en que se halla nuestra Hacienda. Los conocimientos que adornan á V., y su patriotismo, le permitirán comprender claramente la idea que ha concebido el ministro que tiene el honor de pedirle su apoyo intelectual y material, que es como pedirle dos apoyos de una vez. Llevando á V. con esta distinción casi á la altura de su colega, puede abordarse la cuestión sin más preámbulos.

V., que tiene tanto talento, sabe muy bien que ya no se atan los perros con longanizas. Las flotas que ántes venían del Perú y de Méjico, cargadas de plata, son hoy un bonito recuerdo de la historia de nuestros abuelos. Hoy se sabe á punto fijo lo que recibimos de América... disgustos. Los bienes de la nación, los de los frailes, los de propios, los de... todo, en fin, todo lo hemos *puído*, es decir vendido, y solo nos queda la imprescindible necesidad de pagar deudas, y sostener infinidad de cosas que el Gobierno de EL CASCABEL trata de suprimir.

El asunto de hoy es el siguiente:

Apénas llega el último día del mes, el Gobierno de EL CASCABEL saca el taleguillo donde ha ido depositando los cuartos y ochavos sacados con grandes ayes y lastimeros quejidos de los pobres contribuyentes; monedas que son pedazos de pan que muchos infelices se quitan de la boca y del sustento de sus hijos, y da la voz salvadora de: «*Se abre el pago*». El Gobierno de EL CASCABEL se complace en ver llegar á cobrar al honrado oficinista de poco sueldo, al magistrado que aplica rectamente la ley, al militar que defiende la patria, al catedrático que enseña y moraliza á la juventud, al cura modesto y virtuoso que gana almas para el cielo, y lleva á todas partes la luz de la fé, al médico que se sacrifica por sus hermanos, y en fin, á todas las beneméritas clases de buenos servidores con que deben contar las naciones, y se complace mucho más cuando los que reciben su paguita bien ganada no cuentan con otros medios para alimentarse y atender á sus familias. Pero póngase V., señor don Fulano, en la situación del Gobierno de EL CASCABEL en los casos siguientes:

Se presenta la Excm. señora doña Fulanita, viuda del Archipámpano que fué de la Habana, vestida de seda, terciopelo, y blondas, arrellanada en un carruaje de todo lujo, tirado por dos yeguas de Tarbes que valen la paga que dicha señora toma en dos años. Acompáñala su hija, una pollita de 20 años, con el pelo dorado, gracias á unos polvos que se venden en la calle de Alcalá, y se entabla entre la mamá y el Gobierno el siguiente diálogo:

—Vengo por mi paga de este mes, por esos miserables dos mil reales, que los destino á comprar una librea nueva á los lacayos.—¡Ay! señora, ¡qué lastima de dinero!... Con esta escasez y estos apuros que está pasando España, ¿en cuántas cosas útiles podría emplearse este dinero mejor que en libreas!

—Amigo, como yo no lo necesito para otra cosa... Gracias á Dios, mi hija tiene ya su dote con cinco casas que tengo en Madrid...

—¿Y viene V. á sacar 2,000 rs. al Estado?...

—¡Hombre! es lo que me corresponde...

—Es verdad. V. no tiene la culpa, después de todo...

Vanse con los dos mil reales para la librea la viuda y su hija, y entra el Excmo. señor don Fulano de Tal, que fué ministro cuatro meses, y viene á cobrar 2,500 rs., limpios de polvo y paja, como si los necesitara, y no los necesita, porque el hombre tiene hacienda en Andalucía, casas de recreo en Guipúzcoa, quinta en Chamartin, muchos miles de duros en la Caja de depósitos al 9 por 100, cuatro coches, diez caballos, y está casado con una moza, que en cuanto se le mueran tres tios que tiene, recibirá de cada tío cuatro millones.

Cobra este infeliz sus 2,500 rs., y luego viene un grande de España, grande en todas partes, que perteneció al cuerpo diplomático, y ha estado en el extranjero divirtiéndose mucho y haciendo gran papelón y muchas tonterías, y á pesar de ser muy rico, se embolsa su jubilación de embajador.

Viene luego un diputado que coge todos los años trigo, cebada, vino y no sé cuántas cosas más, y le ha

caído dos veces el premio grande de la lotería, y cobra su retiro de coronel, que es una miseria para él.

Llega después un cesante, que cobra 500 reales mensuales, y desde que le dejaron cesante se ha hecho prestamista, ganando en pocos años una enorme fortuna.

Cobra luego su sueldo un mozo muy rico, que para sacar algo al país, tiene un empleo de 12,000 reales, y solo va á la oficina el día que cobra, porque su tío es un hombre de influencia, con quien tiene que estar bien el ministro.

Estos tipos son infinitos, y no quiero cansar á V. con la enumeración de esas sanguijuelas del Estado, que hacen un flaco servicio á muchos pobres, y á la nación en general.

Como V. comprende, apreciableísimo señor don Fulano, yo no niego que esos sueldos son legítimamente adquiridos, puesto que hay leyes que los determinan; pero hay razones que se oponen á que ese sistema siga adelante. La primera es que los sueldos del Estado son tan honrosos é indispensables para los que no cuentan con otro recurso, como tirados á la cola cuando recaen en personas dignas de otros honores que premien más dignamente que el dinero, que por limpio y brillante que sea, siempre mancha los guantes. La segunda razón es que de donde no hay no puede sacarse.

El Gobierno de EL CASCABEL se propone, pues, ir recibiendo las renunciaciones á perpetuidad de esos sueldos, y en cambio creará una gran cruz nueva y flamante, que se concederá á los que se hallen en el caso de no seguir pesando sobre el Tesoro y el país, declarándolos á la faz de la nación buenos patriotas, y concediéndoles uso de uniforme, con espuelas de oro y collares de diamantes, siempre que ellos se los paguen.

Pero como estos actos de desprendimiento podrían ocasionar algunos disgustos domésticos, porque, por ejemplo, V. opinaria acaso afirmativamente, y su amable y bella esposa sostendría la conveniencia de lo contrario, puede V. indicarle, para que se vaya consolando, que el Gobierno de EL CASCABEL creará también una cruz especial para adornar á las señoras de tan buenos ciudadanos, y las dará algún ramito de flores de cuando en cuando, de las que se cultivan en los jardinillos que hay en tantas plazuelas. Los niños de V. y de todos los á que se refiere esta circular, podrán usar desde el día siguiente al de su nacimiento el uniforme de guardias civiles veteranos, ó el que quieran sus padres.

El objeto, pues, de la consulta, es que por este medio tan suave el Gobierno de EL CASCABEL desea efectuar la economía de una porción de millones, y propone á V. que felizmente, y Dios se los aumente, posea medios sobrados de vivir, las siguientes soluciones: ¿Le convendrá á V. hacer la expresada renuncia de su sueldo en el término de 15 días? ¿Considera V. preferible que se dicte una ley, declarando sin derecho al abono de un solo céntimo de sueldo, gratificación, cesantía, jubilación, etc., á los que tengan bienes y rentas para pasarlo muy anchamente, sin necesidad del Presupuesto?

Al reiterarle el Gobierno de EL CASCABEL las seguridades de su más elevada consideración, como lo prueba el honor de darle esta muestra de confianza, le ofrece sus servicios, esperando su contestación para enviar á V. y á su esposa las grandes cruces, en premio de su abnegación, con objeto de que puedan lucirlas este año en San Juan de Luz, ó Biarritz, ó Zarauz.

Madrid, etc.

LA CASA DEL MIEDO.

(De Paul de Koch.)

(Conclusion.)

SEGUNDA PARTE.

La luz del día trajo la tranquilidad á los espíritus, y la familia Groseillon se paseaba en el jardín respirando el aire libre.

—Que nos hagamos buen café, decía Madama Groseillon á Josefina, asomándose á la calle.

—Pero, señora, ¿dónde he de encontrar leche?

—En todas partes, contestó Mr. Groseillon. La leche en el campo es como el vino en París.

Josefina fué á hacer su mandado, volviendo luego de vacío.

—No hay leche, dijo con cierta fruición.

—¿Cómo que no hay leche en el campo? exclamó Mr. Groseillon.

—La han despachado ya.

—¿Es posible?

—Tan posible.

—Pues ello es preciso encontrarla. Tienes que ir por ella á Romainville.

—¿Tan lejos!

—En un instante vas.

—Pero...

—Nada: es menester que traigas leche, sea como quiera. Josefina fué á buscarla, aunque de mala gana, y al cabo de una hora volvió otra vez sin ella.

Mr. Groseillon se daba al diablo, pues no compren-

dia como faltara leche en el campo, y su esposa se desesperaba renegando del campo, donde no había ningún recurso, mientras el niño Benjamin lloraba por otra parte, pidiendo de almorzar.

Por fortuna llegó entonces Mari-Juana, la verdulera, con su borrica cargada de provisiones.

—¿Queréis algo? gritó asomándose a la puerta del jardín.

—Si, sí, contestaron todos. Nos hemos salvado.

—¿Lleva V. leche? preguntó Mr. Groseillon.

—No, señor.

—¿Voto á tall! ¿Y huevos?

—No, señor.

—¿Por vida mia! ¿Y carne?

—No, señor.

—¿Es extraño que en el campo no haya carne, ni huevos ni leche! Pues ¿qué diablos lleva V?

—Cebollas.

—Vaya V. al infierno.

—Pues yo no puedo esperar ya más, dijo Madama Groseillon. A ver, Josefina, dispon tú cualquier cosa, y llama á la mesa sin demora.

La criada salió, y entraron en escena Mr. Potard y Mr. Crotonet.

—Entrad, señores míos, dijo Mr. Groseillon saliendo á recibirlos.

—Admirábase su jardín, donde no falta nada....

—Para morir de hambre, añadió Madama Groseillon.

—Asolado está este país, dijo Mr. Potard; pero á lo menos, aquí hay berzas.

—¿Ay! ¿Qué país! Pero á mi esposo le gusta más que la corte.

—Me gusta la gente sencilla y honrada.

—Pues no deja de haber ladrones.

—¿Ladrones dijo V., Mr. Crotonet! exclamó alarmada Madama Groseillon.

—Eso dicen.

—Ya lo suponía yo: por eso ladran tanto de noche los perros.

—Sobre eso veníamos á hablar á V., Mr. Groseillon.

—Pues ¿qué tengo yo que ver con los ladrones?

—Es que todos debemos velar por la seguridad común, y esperamos tenga V. á bien alternar con nosotros en las patrullas que hacemos de noche en el bosque.

—Pero....

—Es solamente desde las diez hasta el alba.

—Estoy dispuesto, dijo Mr. Groseillon haciendo un gesto de desagrado.

—Y nosotras, mujeres solas, ¿nos hemos de quedar abandonadas?

—Al contrario, contestó Mr. Potard, que así estarán VV. más seguras.

—¿Oh! ¿Qué triste es el campo cuando hay ladrones y no hay que comer mas que berzas!

Los vecinos se despidieron, y Josefina llamó luego á la mesa. Mr. Groseillon, que á pesar de todo, amaba el campo, quiso almorzar al aire libre, y la criada sirvió el almuerzo en el jardín.

—¿Horror! ¿Qué asco! exclamó Madama Groseillon levantándose de la mesa.

—¿Qué es eso? preguntó su marido.

—Que han caído bichos en mi plato.

—Así no comeremos yerba sola, dijo Mr. Groseillon continuando su agradable ejercicio, en compañía de Benjamin, mientras su esposa se entretenía buscando fruta.

Aquel día pasó, y á la noche, cuando ya estaba re-

cogida y aun durmiendo la familia, comenzaron á ladrar los perros otra vez.

—¿Groseillon! ¿Groseillon!

—¿Qué quieres, mujer?

—¿No oyes?

—Si, ya oigo la misma música de anoche. ¡Malditos perros y gatos! Pero no te alarmes, y duerme; ya sabes lo que es.

—¿Oh! nó, es otra cosa. ¿No oyes gritos lejanos?

—En efecto.

—Sin duda es alguna víctima de los malhechores que andan por el bosque.

—En fin, sea lo que quiera: duérmete, y mañana será de día.

Hube un momento de reposo.

Después empezó Benjamin á gritar, y con él su madre y Josefina.

Mr. Groseillon se despertó sobresaltado, y tomó su escopeta, aunque estaba descargada, disponiéndose á defenderse.

—¿Qué es? interrogó.

—Que empujan la puerta de la escalera. Sin duda hay ladrones dentro de casa.

—¡Silencio!

—¡Ladrones! ¡ladrones!

—¡Callad que aquí estoy yo con la escopeta.

Las mujeres y el niño corrieron á ampararse junto á Mr. Groseillon, quien solo ya, gritó:

—¡Francisco! ¡Pedro! ¡Antonio! ¡A las armas!

—¿Qué dices? le preguntó su esposa por lo bajo.

—Calla: es para ahuyentar á los ladrones, haciéndoles creer que somos muchos, y que estamos prevenidos.

En esto comenzaron á moverse tambien las ventanas, y á silbar el viento en ellas.

—¡Placas mujeres! exclamó corrido el hombre. ¿Estais viendo? El viento no más os asusta.

—Y á V. tambien, señor mio, dijo sonriendo Josefina.

—Era el ruido sospechoso. Pero, en fin, ya os he tranquilizado: á dormir, y dejadme disfrutar el dulce reposo del campo.

La familia volvió á acostarse, y la noche pasó como Dios quiso.

TERCERA PARTE.

Por fin tenia ya leche la familia; solo que era agua.

—Y yo pensaba, decía Mr. Groseillon paseando por el jardín, que aquí nos darian crema. ¡Vaya una leche mala!

—Y despues de todo, añadió su esposa, más cara que en París.

—¿Anda! ¡Anda! El viento derribó los albaricoques.

—¡Pché! Para lo que valian....

—Señora, ¿me hace V. el favor de prestarme un poco de café? dijo entrando la criada de Mr. Potard. El que venden por aquí no le gusta á mi amo, y no tengo lugar para ir á Belleville.

—No tengo café, contestó la señora con enfado.

Y añadió al paño:

—Ya empieza á cargarme tanto prestar.

Rosa se retiró pidiendo mil perdones, y entró luego Josefina con dos grandes canastos.

—Ya hay provisiones, dijo: Carne, legumbres, frutas, huevos y de todo. Pero ¡ay de mí! ¿Qué lejos está Belleville!

—Y ¿cuánto te ha costado? preguntó Madama Groseillon.

—Diez y siete francos y doce sueldos

—¡Jesus! ¿Qué dineral!

—Señora, todo cuesta más que en París.

—Venid al campo á economizar.

En esto apareció la verdulera con su borrica, y gritó desde la puerta:

—¿Queréis algo? Traigo legumbres, fruta, huevos frescos, de todo.

—Ahora trae V. de todo, dijo con enfado Mr. Groseillon, sin duda porque no nos hace falta nada. Vaya V. con Dios. Esta gente es siempre inoportuna.

La verdulera siguió su camino, y de allí á poco entraron en el jardín Mr. Potard y su amigo Crotonet.

—Buenos días, vecinos.

—Buenos días, señores.

—No saben VV. la ocurrencia?

—¿Qué ocurrencia?

—Un hombre que se ha colgado de un árbol.

—¿Qué horror!

—¿Lo estás viendo? dijo Madama Groseillon á su esposo. Los ladrones sin duda lo han colgado.

—Nó, señora, nó; él se ha colgado á sí mismo. Así lo declara en la carta que dejó escrita, asegurando que por sus padecimientos físicos, estaba cansado de vivir.

—¿Cómo! exclamó Mr. Groseillon. ¿Tambien se cansan de vivir hasta el extremo de suicidarse los que viven en la sencillez del campo!

—Las luces del siglo lo han cambiado todo.

—Por favor, amigos míos, dijo la señora, variad de conversacion.

—Cambieemos. Parece que el tiempo ha mejorado.

—Si, el viento cesó y ha quedado raso.

—Ya no lloverá.

—Mejor.

—Peor digo yo, porque la tierra está muy seca y tendremos enfermedades.

—¿Enfermedades hay aquí tambien?

—¿Quién lo dudal

—Por favor, señores, variad de conversacion.

—Pues hasta otra vista.

—Que VV. lo pasen bien.

—Me causan spleen esos dos hombres, dijo Madama Groseillon cuando volvieron la espalda.

Su esposo luego la invitó á pasear por el bosque; pero ella no consintió, sino á condicion de ir por la parte opuesta, acordándose del ahorcado.

Abreviemos el tiempo y cerremos ya la noche, que es cuando está más en carácter la familia.

Durmiendo estaba ya Mr. Groseillon, cuando entró en su aposento su mujer pálida y temblorosa.

—¿Groseillon! ¿Groseillon!

—¿Qué ocurre, esposa mia? ¿Has visto otro fantasma?

—¿Ay! Esta vez no me engaño: los he visto por mis propios ojos.

—¿A quién has visto?

—A los ladrones. Estaba despierta y asomada á la ventana; hace luna, y se distinguen perfectamente los objetos. Si, sí, he visto dos ó tres hombres subir á las paredes del jardín de Mr. Potard, ahí al lado. Ven, ven y observaremos desde la ventana.

—Efectivamente, dijo Mr. Groseillon, veo sombras de hombres.

—¿Los oyes hablar bajo?

—Si, sí, es verdad.

—¿Qué hacer?

—Pegarles un tiro.

—Dices bien, y así se despertará Mr. Potard.

Y Mr. Groseillon disparó su escopeta contra los árboles.

Cuando queria conseguir alguna cosa, fingia una terrible escena de celos, se quejaba amargamente de que su amante predriese su hija á su amor, y la consecuencia de estas escenas turbulentas era siempre que Mendoza procurase mostrar un desvio indiferente á la pobre Geneveva.

En cuanto á los criados, que jamás se engañan sobre cuál es la persona á quien deben adular, reservaban todas sus atenciones para la señora, y se apresuraban á servirla, aun á costa de desatender á su verdadera ama.

La señora era en aquella casa como el titiritero, que mueve, por medio de alambres invisibles, los muñequitos y regula todas sus acciones. En casa de Geneveva nada se hacia que no dimanase de la señora, y no obstante, esta tenia el buen tacto de quedarse siempre en un término tan escondido, que no se acertaba á divisarla. Pero aquel yugo, aunque cubierto de flores, no dejaba de ser muy pesado para la inocente niña, que crecía sola y sin el afecto de su padre, que debía ampararla y comprenderla.

El sueño dorado de la señora era que Geneveva se casara cuanto antes, y tanto el aya como las doncellas que la rodeaban desde la edad de doce años, solo habian sabido hablarla de casamiento y hacerla notar las perfecciones del esposo que cada cual apadrinaba. Así habia elegido á Eugenio.

La educacion de Geneveva, formada por criados y maestros, solo estribaba en la educacion intelectual, y su alma gemia entre tinieblas.

Su padre era un hombre de este siglo, cuya moral se limitaba á procurarse á sí mismo todas las mayores satisfacciones posibles, sin causar perjuicio á nadie. Es decir, que habia enseñado á su hija que no obrase el mal, pero sin decirle que era además indispensable hacer el bien.

A Geneveva, pues, no la habian enseñado á ser compasiva con sus semejantes, á amar al prójimo como á sí misma, y la triste niña, buena por instinto, por instinto tierna y amorosa, languidecia falta de amor, languidecia en medio de la soledad del alma, del tedio del espíritu. Cuando pasaba por delante de un pobre andrajoso, y sentia conmovirse su corazón, cuando iba á entregarse al noble impulso de arrancarse sus joyas para remediar su desdicha, oia la voz severa de su padre, que decia:

(Se continuará.)

átomo de la creacion, cada uno de nuestros hermanos.

De ese magnánimo sentimiento, que unas veces toma el nombre de amistad, otras de caridad, otras de benevolencia, pero que es siempre el mismo, inmenso, impeccedero, sublime, vida del alma, sé de su mismo sér, fuente de todas las delicias de la tierra, manantial de todas las delicias que nos esperan en el cielo.

Geneveva no amaba ni era amada, y por eso el alma de Geneveva se extinguía.

No habia conocido á su madre, muerta al darla á luz, y su padre, á quien todos designaban como hombre de bien, dividia su tiempo entre unos amores ilícitos y las azarosas combinaciones de la Bolsa.

Estos dos graves negocios habian absorbido su existencia y secado su corazón. No obstante, el mundo encomiaba su virtud y le citaba como el modelo de los padres, porque daba una esmerada educacion á su hija, esto es, la rodeaba de toda clase de maestros, y porque habiéndose podido casar con el objeto de sus amores, no lo hacia por no dar á Geneveva una madrastra. Y el mundo se equivocaba, porque donde veia abnegacion solo habia egoismo. Mendoza era muy amante de sus comodidades y de la paz doméstica, y temia, si se casaba con ella, introducir en su casa un elemento de desorden que alterase esta paz y le proporcionara sinsabores, hallando más cómodo y más satisfactorio para su orgullo conservar el derecho de arrojarla de su lado siempre que quisiera.

Por supuesto que esto eran ilusiones de su amor propio y su egoismo, porque se arrastraba como un esclavo á los pies de su ídolo, y ella mandaba en su casa como un tirano absoluto.

No habia más diferencia sino que Geneveva, en vez de llamarla madre, la llamase la señora; pero por esto no dejaba de estar sujeta á sus exigencias y caprichos. Ella determinaba de qué color debian ser sus vestidos, sus muebles, y hasta marcaba, sin saber apenas leer, los autores que debía estudiar.

Y no paraba en esto, sino que Mendoza, encantado de que el mundo proclamase su virtud, por no querer dar madrastra á su hija, se valía hacia ya veinte años de este pretexto, para combatir las asechanzas matrimoniales con que le acosaba su adorada, y esta, creyendo ver en Geneveva un estorbo á sus deseos, la odiaba cordialmente, y se complacia en mortificarla.

(Se continuará.)

13

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO III.

(Continuación.)

¿Cuál era, pues, la secreta cruz de Geneveva, supuesto que todos hemos de tener alguna?

He aquí lo que se preguntaban en voz baja con maligna satisfaccion sus envidiosas amigas.

No obstante, si Geneveva hubiese tenido á su lado un corazón sensible y delicado, hubiera resuelto al instante el misterioso problema.

El amor es al alma lo que el rocío á las flores. Las flores sin riego se agostan y desfallecen; el alma perece si no está vivificada por el sentimiento, que es su sávia fecundadora. ¡Ay del corazón que no ama! ¡Ay del corazón que no es amado! La vida sin amor es un árido desierto. El que no está iluminado por la mágica luz del amor, es como el que camina á tientas por un lóbrego subterráneo, sin saber á dónde va, no oyendo mas que el silbido de las serpientes, que se enroscan por las paredes. Colocaos delante de un estereoscopio. Si el aposento está á oscuras, ¿qué veis? ¡Nada! Sin embargo, el paisaje está delante de vuestros ojos; pero traed una luz, y contemplareis con embeleso los frondosos árboles, las peñas agrupadas, el lago de ondas azules y serenas y el plateado reflejo de la luna. ¡El que no ama, Luisa mia, es un ciego! ¡Para él, el cielo no tiene fulgores, las flores matices, ni belleza los paisajes!

Y no hablo del amor, tal cual lo entiende el vulgo, ese amor de los sentidos, que se reconcentra en un determinado objeto, sino de ese amor sublime que nos enseñó Jesucristo, de ese amor que nos inspira cada

— ¡Vive Dios! exclamaron los de afuera huyendo del peligro.
 — ¡Dios mío! ¿Qué es eso? preguntó Juana entrando toda temblorosa.
 — Una partida de ladrones que acabo de ahuyentar. Pero, no, que se aproximan ahora.
 — ¡Van a acometernos! ¡Dios nos asista!
 — Josefina, gritó Mr. Groseillon, trae la otra escopeta, y carga esta pronto.
 — Yo no sé cargar, señor.
 — ¡Eh! dijeron por fuera. ¿Es V. quién ha tirado?
 — No hay que responder, previno Groseillon.
 — Mr. Groseillon, ¿es V. quién ha tirado? volvieron á decir.
 — Yo conozco esta voz. ¿Quién vive?
 — Soy yo.
 — ¿Quién es V?
 — Crotonet.
 — ¡Por vida del chapiro! Y yo creía...
 — ¡Alto el fuego! Vengo de patrulla con esta honrada gente, y por poco nos cuesta la torta un pan, porque los plomos nos han rozado la ropa.
 — ¡Voto á mil diablos! Mi mujer ha tenido la culpa, que me hizo creer que eran VV. ladrones. ¿Ha habido por desgracia algún herido?
 — No, á Dios gracias. Pero otra vez sea V. más prudente.
 — Perdón V., amigo mío. Yo ofrezco, si otra vez ocurriese, no tirar á V. tan pronto.
 — ¡Ea, buenas noches.
 — Adios.
 La familia quedó sola, y Mr. Groseillon reprendió á su mujer por haberle hecho cometer aquel disparate.
 — Pues bien, decía su esposa, vámonos de aquí, yo no quiero estar en el campo, y mucho menos en un paraje donde no se goza un momento de reposo, donde en vez de engordar me he puesto mucho más delgada.
 — Enhorabuena, contestó el esposo. Volveremos á París. A ver, Josefina, mañana busca un carruaje y...
 — Todos los que V. quiera, señora. ¡Oh boulevard del Temple! ¿Qué gana tengo de volverlo á ver!
 Con este ánimo se acostaron, y la noche pasó sin novedad, bien que Madama Groseillon soñaba con los ladrones.
 A las ocho de la mañana, Josefina, que había salido al amanecer á buscar el carruaje, volvió con un fiacre, en el cual subió toda la familia, despues de cargar en confusión el equipaje.
 — Mañana, decía Mr. Groseillon, le daré á un notario el encargo de vender la casa del miedo por el precio que quieran dar.
 — Sí, sí, añadía su esposa. Una casa donde es imposible dormir, es inhabitable. Véndela, y así no volveremos más á ella.
 — ¿Queréis alguna cosa? gritó llegando la verdulera.
 — No volver á verte, murmuró Josefina.
 El cochero sacudió su fusta, y el carruaje partió con gran contento de Mr. Groseillon, más de su esposa, y muy más de Josefina.

CASCABELES.

Como habrá visto el curioso lector, á la cabeza de este número hemos vuelto á poner la antigua viñeta, por habérsenos roto hoy al empezar la tirada, la que veníamos usando.
 En lo sucesivo no variaremos de viñeta.

En el número siguiente habrá, si Dios quiere, Carta de EL CASCABEL al Gobierno, para que se la comunique al amigo que nos ha escrito la que publicamos hoy.
 No se dirá que EL CASCABEL niega á nadie la defensa.

Charadita.

La segunda y la primera tiene mi novia en la cara, y á mi parecer, al menos, le hace muchísima gracia; la segunda y la tercera podrás sufrir si eres mándria, y de cualquiera te fias, y algunos cuartos le largas; animales son muy útiles la primera con la cuarta; tercera y cuarta es el nombre de un pueblo de nuestra patria, en donde nació un ministro que tiene muchas camándulas; repetida la segunda es como al ministro llaman los que, por su buena dicha, tienen con él confianza; la primera y la tercera es, lectores, la palabra que se le dice á un chiquillo que llora con mucha gracia; y son el todo unos hombres que nunca jamás se casan, y el nombre de un sitio público donde nunca gente falta, aunque haya crisis, y estemos hechos todos una lástima.

En el tiempo en que Jesucristo recorría la tierra y San Pedro le servía de compañero de viaje, un día, á la salida de un pueblecito, le dijo el bueno de Pedro:
 — Señor y maestro, me asombro de la bondad con que tú, que eres el Dios Todopoderoso, dejas pasar en el mundo muchas cosas que no debían pasar. Si yo fuese el Señor, como tú, siquiera por un año, de otra manera muy distinta gobernaría el mundo.

— Pues bien, respondió el Señor, desde hoy, desde este momento, te cedo mi poder; dispon á tu antojo, premia, castiga, en una palabra, haz en todo y respecto de todos tu voluntad.

Pedro no deja que se lo diga dos veces, porque se promete maravillas de su omnipotencia; y en esta conversacion estaban, cuando vieron llegar descalza y andrajosa una pobre mujer, flaca, triste, una infeliz en fin, que sacaba una cabra, su unica propiedad, á pastar.

— Anda, dijo á la cabra, Dios te guarde, él te proteja y defienda de la tormenta y los lobos. Yo tengo que ganar mi salario de hoy, sin lo que no podría llevar nada á casa que comer mis hijos y yo.

Y dicho esto, se volvió al pueblo. El Señor dijo entonces á Pedro:

— ¿Has oido lo que ha dicho esa pobre mujer? Ten piedad de ella, puesto que tú eres Dios, defiende durante el día á la cabra de los lobos y los osos, para que la infeliz mujer pueda hallarla y volverla sana y salva á su casa.

Pedro llevó la cabra al campo, pero el animal, joven, vivo y jugueton, corria de un lado á otro, y ya subía á lo más alto de la colina ó corria por el valle retozando, no estando un minuto quieta en el mismo sitio. Pedro se veía y se deseaba para seguir al animalito. Llegó la noche, y despues que Pedro hubo logrado con mil trabajos llevar la cabra por el camino que él queria, el Señor, sonriendo, le preguntó:

— Pedro, ¿quieres continuar gobernando el mundo en mi lugar?

— Querido maestro, contestó Pedro, ya veo que toda mi habilidad apenas basta para conducir una cabra. Reconozco mi falta, perdónamela, que ya en la vida hare cargo alguno á tu sábio gobierno.

¡Ay! nuestra edad y nuestras costumbres están muy lejos de aquella austera y dulce filosofía; hoy todos queremos gobernar y dirigir á los hombres... y no tenemos en la tierra al Maestro que nos consuele y nos haga conocer nuestra impotencia.

Charadita del número 168.

Ya no hay que hacerse ilusiones; lo que nos va á suceder, es que vamos á comer, todo lo más, *caramones*.

Dice La Correspondencia: «El juez de primera instancia de Requena, ha sido trasladado á Arévalo, y viceversa.»
 ¡Viceversa!... ¿Dónde estará este pueblo?
 La Correspondencia, por abreviar, es capaz de todo, hasta de no escribir en castellano.

Logogrifo del número 168.

Políticos de chiripa, sois una calamidad, que tenéis ¡oh liviandad! la política en la tripa.

En favor de la escuela de Agricultura de Aranjuez hará algo el ministro de Fomento cuando el desahogo del Tesoro lo permite.
 Esto dice un periódico, y yo digo que si hasta entonces no hace nada, lucida estará la escuela.

Geoglífico del número 168.

El que va en carro, no va á pié ni á caballo.

El Gobierno, á la hora en que escribimos estas líneas, no se ha ido todavía.
 Hace muy mal en no marcharse.
 El y todos ganariamos mucho.

SAL Y PIMIENTA.

Ha terminado la publicacion de la primera obra de esta Biblioteca, de la que ya se ha hecho segunda edicion.

Se titula:

CUADROS AL FRESCO,

CUENTOS DE TODOS COLORES

POR DON CECILIO NAVARRO.

Consta de un tomo en 4.º de 372 páginas, con grabados, y se vende á 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

Segunda obra de la Biblioteca:

LAS TIENDAS,

CUADROS HUMORÍSTICOS DE COSTUMBRES,

POR

D. CÁRLOS FRONTAURA.

Segunda edicion, ilustrada con grabados, considerablemente aumentada y corregida por el autor.

Se publicará por entregas, dos cada semana.

Las condiciones de la suscripcion son las mismas de la Biblioteca: — 6 rs. por tres meses, 12 por medio año y 24 por uno en Madrid, y 8, 14 y 26 respectivamente en provincias.

Los que en Madrid quieran recibir las entregas,

abonándolas al recibirlas, pagarán real y medio por cada cuatro de aquellas.

Los que se suscriban desde este mes á Las Tiendas, pueden recibir los Cuadros al Fresco, pagando solamente 8 rs., lo mismo en Madrid que en provincias.

ANUNCIOS.

IMPRENTA DE EL CASCABEL.

En esta imprenta se admiten encargos de impresiones, sirviendo á quien nos otorgue su confianza y nos pague, con el mayor gusto y la mayor economía. Pueden hacerse periódicos de todos los colores conocidos, obras (aunque sean malas), folletos (aunque sean políticos y sirvan lo mismo que á quien tiene terciadas rascarse las zapatillas), esquelas de matrimonios, mudanza de casa, y defuncion, prospectos, estados, billetes (no de Banco), programas (no de Manzanares), recibos (aunque ahora, como nadie quiere dar, poco hay que recibir), y todo lo demás.

Dirigirse al regente (no vayan VV. á escribir á Logroño á Espartero), que está esperando en la calle de los Caños, núm. 4, bajo, deseando que caiga (y no se haga daño) algún parroquiano (aunque sea de otra feligresía).

Distracciones de un hambriento: colección de renglones desiguales, capaces de hacer reír á un inglés, por M. F. el Flaco, aspirante á pretendiente de ayudante de escribiente. Cuarta edicion. Se vende á 2 rs. en la Administracion de EL CASCABEL, calle de los Caños, núm. 4.

Se remite á provincias, franco de porte, dirigiendo el pedido á don Manuel Fernandez, calle de Santa Teresa, núm. 8, incluyendo cinco sellos de cuatro cuartos por cada ejemplar.

Parato. — Lanillas listadas, última novedad, á 2 y medio, 3, 3 y medio y 4 rs. vara. Brillantina y percal francés, color, 3 y medio y 4. Indianas, primera, 2 y medio y 3. Percalina, 2 y 2 y medio. Madapolam, hamburgo y percal blanco, 2 y medio, 3 y 3 y medio. Pañuelos de Manila, bordados y lisos, de 60 á 2,200 rs. uno. Idem de crespón, bordados y lisos, de 40 á 160. — Postas, 32, al lado del portal de la Virgen.

Nueva casa de cambio de billetes y monedas, á precios muy arreglados; calle de Preciados, núm. 4, tienda.

Se toman monedas de oro y plata por billetes del Banco, abonando un tanto convencional por millar.

Una señorita de esta corte que posee el francés, desea dar lecciones de dicho idioma á domicilio. Las señoras que soliciten sus servicios, pasarán á la calle Mayor, núm. 50. Comercio de sedas, donde darán razon.

Papeles aromáticos é higiénicos de salvia y pectoral de la fábrica de Miguel Botella Perez, de Alcoy, abastecedor de la gran fabrica de cigarros de la Habana La Honrada. — El papel salvia, como fabricado de la hoja de esta planta, posee cualidades higiénicas muy recomendables. De grato sabor y aroma, los efectos que produce en el tabaco, son: suavizarle y neutralizar sus condiciones antihigiénicas, sobre todo en los tabacos de mala calidad, que, al carbonizarse, producen cierto olor y humo perjudicial que el fumador aspira.

El papel pectoral es de gusto muy dulce, y muy apreciado por las personas de salud delicada, por estar saturado con preparaciones verdaderamente pectorales.

Aunque estas clases de papel se recomiendan por sí mismas, justo es consignar que han merecido los mayores elogios de importantes publicaciones medicas de España y Ultramar. — Se vende en todos los estancos.

Abanico de oro. — Fábrica de abanicos, sombrillas y paraguas. Plazuela del Angel, núm. 6, casa esquina á la calle de Espoz y Mina. En este nuevo establecimiento se ha recibido un gran surtido de abanicos de las más acreditadas fábricas de España y del extranjero, siendo sus precios de dos cuartos en adelante.

Tambien se hacen composturas en abanicos, sombrillas y paraguas, á precios muy arreglados, y con prontitud.

Tinteros para contener tres clases de tinta, á 40 rs.

Estos son los más útiles para toda casa de comercio ú oficinas que usen más de una. Carpetas para encuadernar cartas, factura, letra y toda clase de documentos, á 9 rs.

Nuevo surtido de las plumas de oro y punta de diamante, cuya duracion, por término medio, es de tres á cuatro años, á 20 rs.; 1,000 cortes de plumas de acero, desde 5 rs. caja, hasta 34.

Carretas, 3, almacen de papel de G. Gonzalez Rodriguez.

papel pintado y transparentes. — Novedad y baratura en todas clases; decoraciones, adornos y colocacion esmerada. — Calle de Tetuan, núm. 1.

Por lo contenido en este número.

F. Forcangas.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866. — Imprenta de El Cascabel.

A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.